

pronto dispuesto el saco de noche para su padre, y para sí lo suficiente, durante algunas semanas á fin de poder siempre subir al tren y tomar las de Villadiego.

Sólo que ni ella ni su padre habían contado con la huésped. Cinco días después de su carta, y nomás, mistress Needle llovía sobre Nápoles, dirigiéndose con sus pequeñas derechamente á casa del conde. ¡Casualidades que ocurren! El conde, la condesa y Julia estaban á punto de salir á paseo: quedaron sorprendidos casi á la puerta. Todas las políticas y estrategias, meditadas con gran estudio, resultaron inútiles por el hecho, y Julia se halló en los brazos de mistress Needle, así como devorada por los besos y caricias de sus alumnas. La idea de huir á Roma después que su dulce amiga y bienhechora había llegado á Nápoles, convertíase para Julia en una grotesca grosería y en una verdadera ridiculez. No le quedó más partido admisible que armar su corazón para la inevitable batalla, en la cual estaba resuelta firmemente á quedar vencedora.

LXXXIX.

EL AMOR RACIONAL.

Durante los primeras días que mistress Needle pasó en Nápoles, no dió batalla contra el corazón de Julia; ni siquiera la intentó con una escaramuza. Sacábala, sí frecuntemente de su casa, queriéndola consigo durante el día para los paseos, así como temprano para ir á las iglesias y hacer las devociones. En esto la convertida y la napolitana iban acordes como Cástor y Polux. El primer fuego se abrió una semana después, presentando la señora una carta de John, dirigida "A la noble dama

Julia, de los condes de los Laureles." Sucedió en casa del conde y en el mismo cuarto de la joven. Ella dijo sin conmoverse.

—¿Sabeis, señora, de qué trata el billete?

—Figúratelo, respondió la señora con una sonrisa.

—Bien, entonces permitereis que, sellado, lo envíe á mi padre.

—Pero, ¿que dudas, hija mía? Hace poco, cuando salió de casa, le pedí permiso.

—No importa respondió Julia: tendré el gusto de que rompa los sellos.—

Dijo, y llevólo incontinenti, al conde, dejándolo sobre su escritorio. Mistress Needle no se ofendió por la delicadeza, ni dijo una palabra del propósito de la epístola. Habiendo salido y vuelto el padre, Julia recibió la carta abierta, que decía:

“Muy gentil señorita Julia: Creo que mi madre habrá tratado con vos y con vuestra familia de los designios de mi corazón; pero faltárame á mí mismo dejando de comunicároslo también directamente. No los demostré cuando alegrábais con vuestra presencia nuestro palacio, porque mi propósito no estaba maduro, y las circunstancias no eran oportunas para manifestarlo. Ahora puedo afirmar que figurará entre

los dias más dichosos aquel en el cual sepa que la señorita Julia no desdeña mi amor. Esta revelación me parecerá una gracia incomparable del empíreo. No añado esfuerzos de palabras afectuosas, por que no las sé imaginar. Mas tampoco sé mentir, y mucho menos hacer traición á la joven con quién tengo supremas obligaciones, á la cual solicito para compañera de mi vida. Miss Julia puede tener la seguridad de que, dandome su corazón, será correspondido constantemente con un respeto y amor tan verdadero y profundo como se lo ofrece ahora.—John Needle.”

Al leer Julia estas frases francas y dignas, sintió cierta simpatía especial por el joven: era la primera; más bien compasión que amor.

—¡Pobre joven! exclamó: es el mismo de siempre; durillo, más sincero . . . Merecería una compañera que supiese leer en su corazón bueno y leal . . . Mas no seré yo: él no toca la cuestión . . . y es insoluble.—

Así hablaba Julia; mas desconfiando de sí misma, fué á pedir nuevamente consejo á su director espiritual. Era un respetable canónigo que la dispuso para la primera Comuni6n, confortándola después en el bien

hasta que salió de Nápoles. No habiéndole hallado por la mañana en la iglesia mandó á su casa la epístola de John, rogándole que le aconsejara una respuesta oportuna.

Al día siguiente lo encontró en la sacristía, oyendo esta contestación.

—Oid hija; la carta de ayer no cambia las cosas. Aunque estuviérais decidida completamente á recibirle por marido, y resignada, con perpétuo sacrificio del amor propio, á sufrir en paz todas las mortificaciones, todos los agravios y todos los ataques que por desgracia deberíais esperar de los ingleses, no veo que vuestra conciencia peligre. Por este lado nunca tendríais que reprocharos á vos misma de haber entrado en aquella familia: os quieren de común acuerdo el hijo y la madre, lo cual es claro como la luz. Mas para que podais dignamente meteros en el laberinto, no basta que os determineis á sufrir y á callar, es menester también que sintais en vuestro corazón un principio de afecto formal hacia el amante, prometiéndoois razonablemente mantener vivo el fuego hasta la muerte. Sin esto, es cosa inmoral prometer el sagrado amor delante de la Hostia y del Cáliz. Examinaos vos misma y resolved, por-

que no quiero ir más adelante: ni aconsejaros ni disuadiros.—

Volvió la joven á su casa confirmada en su propósito, á lo menos por entonces.— A lo más dijo, podría someterme para corresponder á los beneficios de mistress Needle.... Empero mucho amor á él.... No le tengo aversión, siempre lo aprecié, y lo aprecio diez veces más que cuando sólo le juzgaba por las apariencias; ¿pero amarle, propiamente amarle....? La primera palpitación un poco tierna la he sentido al leer su carta.... hay algo bueno en ella.... es franca.... prueba también que tiene corazón.... un carboncito latente.... Mas no se trata de su corazón, sino del mío.... Necesitaría casi una resolución heroica.... ¡Ah! ¡Si tan bendita señora hubiese tardado tres días! ¡A saber yo su llegada!—

Mientras Julia pedía consejo y reflexionaba, mistress Needle no permanecía ciertamente ociosa. Cogió á solas al conde Octavio, poniéndolo entre la espada y la pared, á fin de que con su autoridad persuadiese á Julia. Con todas las cuestiones posibles de intereses; formó un haz, y lo cortó diciendo:—Nosotros no queremos sino á vuestra hija: es bastante para que sea

feliz mi hijo, que tendrá una esposa excelente, para que sea feliz yo, que tendré una nuera inmejorable, y para que sean felices mis hijas, que tendrán una segunda madre. Esto vale más que cualquier grandísima dote. Lo que llevará consigo, está resuelto que sea para sus alfileres, y al ir de vuestra casa á la mía no se llevará un céntimo de aquí; dicho sea esto una vez para siempre.—Y prosiguió exponiendo las razones que, según ella, podían determinar á un buen padre en semejante asunto, sobre todo dejando entender que Julia sería bien recibida aún por los parientes.

El conde Octavio se conmovió. En el gran argumento de la disparidad de condición se fijó poco desde un principio, pareciéndole, por ser viejo y honrado caballero, que el nombre de los Laureles no había caído tan bajo que pudiese deshonorar á una familia británica, sin título alguno de nobleza. Con respecto á la dote, comprendía que la Needle no se fijaba en ella, quedando sólo la repugnancia de su hija. En cuanto á esto último, tenía pocas ganas de intervenir, y exclamaba con frecuencia:—Mi Julia tiene ya edad, y tanto juicio, que puede disponer de sí, no conviniendo que intervenga con mi autoridad en cosa de que pen-

de su dicha futura.—Mistress Needle tomó estas palabras á la letra, y dijo:—Ahora bien: ¿no os disgustará que trate yo directamente con vuestra hija?

—Lo podeis hacer, señora; tengo confianza en vuestra discreción.

—¿Y ratificais desde ahora sus determinaciones?

—A fin de hacerlo con una respuesta definitiva, me tomaré tres días.—

Aún no habían terminado estas palabras vino Julia que no viendo claro, llegaba con el fin de recomendar á su padre que permaneciera firme, á lo menos una hora. Mistress Needle fué á su encuentro:—Julia mía tengo precisamente necesidad de verte. De tu padre no estoy descontenta; veremos si me descontentarás tú.—

Julia echó á su padre una mirada, con la cual parecía preguntarle:—¡Oh! ¿Me habeis abandonado?

El padre le dijo:—Oye á esta señora: yo no he dicho nada en pró ni en contra.

—Sin embargo, estoy contenta de vos, señor conde, dijo mistress Needle.—Tomó en seguida afectuosamente á Julia de la mano, y con la plena confianza, como amiga de corazón que con ella tenía, se la llevó á su cuarto.

Allí cerró la puerta, diciendo:—De aquí no se sale.—Incontinenti, ayudándola á quitarse el velo (Julia no lo había soltado aún después de regresar de la iglesia. ¡tan preocupado estaba su espíritu!) y alisando maternalmente su pelo, la condujo á una silla, y se sentó á su lado, diciéndole:—Hemos de hablar de un asunto; ya sabes cual es....—

A Julia le salían los colores, y suspiraba. La señora:—No te confundas, bella mía; no te quiero compeler con inportunidades ni con engaños: te hablaré como habla una buena madre á una buena hija, con el corazón en la mano, según el Evangelio; sí sí, no, no. Dime ante todo con sinceridad (no me ofendo, y me ofendería sólo si por la primera vez en tu vida usases conmigo subterfugios): ¿tienes algo en el fondo de tu corazón que te diga: “No puedo vivir con él?”

—¡Pero, buen Dios, que cosa me decis! Dirigíos á mi padre.

—Contéstame á mí, Julia: tu padre, como te ha dicho, hará lo que queramos..... Si tu tienes algo contra él, yo respeto las leyes del corazón: después de darte un abrazo y un beso, me volveré á Parque verde.

Dime la verdad, con la franqueza que siempre hallé yo en mi Julia.

—No está en esto la cuestión, respondió Julia. ¿Qué puedo yo tener contra vuestro hijo? Es vuestro hijo, y tiene todas las cualidades que constituyen á un cumplido caballero; además, nunca ví en él sino señales de respeto, y últimamente me dirigió una carta que me honra demasiado. No está la cuestión aquí, vuelvo á decir.

Sin embargo, dijo la señora, me parece que la cuestión está toda en esto. ¿Qué otro punto puede ofrecer dificultad? Nos harías felices á todos.

—Todo lo contrario, replicó Julia: la felicidad de vuestra familia es la que me compele á contradeciros.... ¡Oh amiga y madre mía! me parece imposible que traéis de impelerme á.... ¿Mas por qué debería....? No puedo y no quiero corresponder con mala moneda.... Perdonad; hablemos claramente de una vez. ¡Casarse con la dama de compañía de su madre! ¡Con una dote insignificante; que es una bagatela comparada con su fortuna! John sería la fábula del país: sois inglesa, y debéis saber que si en otras partes se logra indulgencia, en la sociedad británica ni él ni yo seríamos perdonados.

—¡Bendito sea Dios! dijo la señora, has sacado al fin una vez la gran razón. ¿No tienes otra?

—Esta basta y sobra: es definitiva.—

Dijo entonces *Mistress Needle*, circun- dando con la derecha el cuello de Julia:— Doy gracias á Dios y á la Virgen María por- que no tienes otra dificultad....: esta es una fantasía que se desvanece con un soplo.

—Y luego mi padre....

—Tu padre se pone en nuestras manos. Por lo demás, oye: mira; la dote la tienes aquí, Julia mía (y le puso la izquierda en el pecho); la tienes en este corazón de án- gel, que sobre nosotros ha derramado te- soros de amor celestial; y nos ha traído la dicha de la fe católica.

—Estos no son méritos (aun cuando tu- vieses algún valor) á los ojos del mundo.

—Para los mercaderes ciertamente no, dijo la señora; pero á mis ojos, á los de mi primogénito y á los de cuantos tienen co- razón, es mucho, y es todo, aun cuando nada más hubiese. Pero, aun considerando el mundo, hay más: tu nacimiento, tu pa- rentela, tus cualidades y tu educación, sin contar lo que tienes. Nuestros amigos y parientes están conformes, y te aguardan con los brazos abiertos; te harán muchas

fiestas.... He procurado echar la sonda, y conozco que ni tú ni John hallareis nunca un mal semblante. Por otra parte, mien- tras se madura la cosa, te dispondremos aún mejor la entrada.

Esta refutación cortaba la cabeza del toro: Julia sentíase con un golpe maestro desarmada de la única razón que podía dignamente aducir contra una madre que peroraba en favor de su hijo. ¿Podría de- cir: no amo á John hasta el punto de po- der admitirlo por esposo? Callábase, por lo tanto, con la vista clavada en el suelo. *Mistress Needle*, cada vez con el corazón más abierto, añadió.—¿No piensas que, aún cuando concibieses alguna dificultad, deberías vencerla, considerando el bien que puedes hacer á la familia y al país de Par- que verde? Con tu auxilio esperamos esta- blecer allí una verdadera parroquia cató- lica....

—Vos, dijo Julia interrumpiéndola, me considerais demasiado: para todo esto bas- taría John.

—Sí, bastaría John; pero con Julia ha- rá diez veces más que solo. ¡Pobre hijo mío! Tú sabes que no es malo. Su corazón es diez veces mejor que su corteza. ¡Con qué respeto y amor habla de tí á todos